

# José Ramón Ruisánchez

## Pozos literarios y fuentes de amistad

Oswaldo Estrada

Como los mejores libros, *Pozos* (2015) es un texto inclasificable. No es una novela, una colección de cuentos, una serie de crónicas o un ensayo académico. Es, más bien, un tratado literario hecho de frases y fragmentos, notas, párrafos aparentemente sueltos, poemas colocados en algún extremo de la página impresa, fotografías enigmáticas, letreros callejeros, anécdotas personales y reflexiones filosóficas capaces de hilvanar, desde la madurez intelectual, un tapiz de amistad y *algo más*.

El libro comienza con la imagen de dos amigos que se leen lo que escriben en secreto, y que al leerse se quieren o suavizan sus derrotas. Y termina, después de conducirnos por una serie de puertas y ventanas, túneles y pasadizos secretos, con un poema de José Emilio Pacheco que nos invita a la lectura con la voz de la amistad: “Acércate y al oído te diré adiós. / Gracias porque te conocí, porque acompañaste / un inmenso minuto de existencia”. Lo mejor de este libro de José Ramón Ruisánchez es que entre estos puntos de partida y llegada nos permite realizar múltiples viajes deductivos —como nos pasa al leer *Fragmentos de un discurso amoroso* (1982) de Roland Barthes, *Saña* (2007) de Margo Glantz, o *El idioma materno* (2014) de Fabio Morábito—. Y entre uno y otro viaje intertextual, desde las ruinas de Pompeya hasta París, Los Ángeles, el majestuoso Puget Sound, Houston y Maryland, los nueve capítulos del libro reconstruyen dolencias de una niñez que no termina de irse, nostalgias maceradas con esmero, la sensualidad de las lecturas que nos cambian la vida y el verdadero valor de la escritura como herramienta de supervivencia.

En cierto momento de *Pozos*, el narrador confiesa: “Cada página de este libro me cuesta, digamos, 143 páginas de lec-

tura” (p. 23). Para escribir sobre la amistad y la literatura, Ruisánchez lee a Aristóteles, a Benjamin, a los primeros cronistas de Indias, o a Freud, Dickinson, Bloom, Cardenal, Flaubert y Bolaño, entre muchos más. Lee también las líneas fugaces que sus amigos intercambian en Facebook, consulta algunas páginas de Wikipedia y sigue en una línea zigzagueante por los senderos de Rulfo, Borges y Calvino, Marx, Hegel. Con estos y otros referentes, Ruisánchez propone que el acto de la lectura es también una forma de amar y que la escritura es una caricia solitaria, íntima, infinita. En los mejores casos —percibimos en este texto caleidoscópico— los libros nos acompañan como grandes amigos, nos crean un pasado real y verdades imprescindibles, sin las cuales ya no podemos vivir. Por eso mismo, explica el narrador: “Regreso a ciertos libros para tocar la fuente de muchos de mis recuerdos fundamentales. Y no están en el libro. Ni en el momento en que leí el libro. Lo que encuentro, por el hecho de buscarla, es la ilusión de que estoy recordando algo. En la pulsión quiero llegar a algo que no es directamente accesible porque nunca existió. Algo que desde el inicio ha sido recuerdo” (p. 74).

En muchos sentidos, *Pozos* es, como señala metatextualmente el propio narrador, “un libro donde se cuentan historias de amigos como si hubieran muerto. O resucitado” (p. 49). Es, por eso mismo, un constante volver hacia atrás, un regreso por los caminos torcidos de la memoria donde es posible encontrar el recuerdo de un amigo perdido, la amistad que pudo ser y no fue, la ilusión pasajera de la amistad incondicional, el cariño cercenado, los espejos turbios de la familia, o el retrato cambiante de aquel que lee para encontrar sus

páginas más atrevidas y delirantes entre las páginas de un libro, o bien para transformar lugares conocidos con historias imposibles de contar. No en vano, valiéndose de una voz a veces personal y otras veces ensayística, el autor confiesa en cierta instancia su pasión por la representación de la amistad en la literatura o su predilección por aquellos que narran la amistad tomando en cuenta “su principio fácil, [el] arduo trabajo de sostenerla, [el] dolor de un final” (p. 129), como Paloma Villegas o Héctor Manjarrez, por ejemplo.

A José Ramón Ruisánchez (Ciudad de México, 1971) ya lo conocíamos por obras de creación como *Novelita de amor y poco piano* (1996) y *Nada cruel* (2008). Frente a estas obras hermanas, *Pozos* parece venir de otra fábrica. En todos los capítulos que conforman este libro es evidente que el autor ha encontrado un nuevo estilo, otra forma de hacernos sentir, como en uno de sus ensayos de crítica literaria, que hay *Historias que regresan* (2012). O que vivimos entre ruinas construidas día a día, con la mortificación de darle forma —como Vicens— a un *libro vacío*, con la angustia perenne de permanecer en el puente de la realidad y el deseo, o tal vez en el limbo de la amistad verdadera y los incontables amigos virtuales de Facebook, cuyas frases sueltas reflejan más que nunca nuestro mundo fragmentado o “la utopía de la amistad” (p. 131).

*Pozos* es, al decir del autor, un “libro de escolios y notas” (p. 10). Pero en cada uno de sus trozos y retazos literarios hallamos el misterio de la lectura, la frase feliz que nos hace pensar que dos extraños, en un instante irrepetible, pueden ser viejos amigos, o el placer secreto de la escritura que desde el futuro nos protege “de un mal sufrido en el pasado” (p. 29). **u**